

El pecado de Magda Montiel

Hace 29 años, esta abogada cubanoamericana, asistente a la Primera Conferencia La Nación y la Emigración, vio trastocada su vida y la de la familia en Florida, Estados Unidos, por la histeria anticubana desatada

ENRIQUE OJITO LINARES

Está a nueve, ocho, siete pasos del hombre en traje verde olivo. Solo la distancian un puente en miniatura y un arroyuelo, de aguas tan cristalinas como las de los ríos de Ocuja del Turquino. Aquellas retozan con las laderas de la Sierra Maestra; estas cruzan el salón de protocolo del Palacio de la Revolución. Y se van al compás del murmullo de los asistentes a la Primera Conferencia La Nación y la Emigración.

Un hombre bigotudo, vestido con una guayabera blanca, le hace señas para que dé un paso adelante. Y ella sonríe y piensa: Relájate, Magda Montiel Davis, relájate, y camina como si estuvieras en el patio de tu casa, que, por fin, tendrás frente a ti a Fidel Castro. Por fin.

Y la mujer, de 41 años, ve que la barba le clarea al guerrillero. Y le tiende la mano. Su madre jamás lo hubiera hecho; su padre, tampoco. Vinculado al equipo de béisbol Havana Sugar Kings, él iba y venía al Gran Estadio de La Habana en su Chevrolet Impala. Su mamá también se subía al maquinón; pero les hablaba a sus hijas sobre Hatuey, y andaba descalza en la casona de Nuevo Vedado.

Padre y madre temían. Temían a Fidel. El rebelde y su Revolución, trastocándolo todo, ordenándolo todo. Fidel era una amenaza. Amenaza para todo lo que habían logrado: la casa que construyeron en un exclusivo barrio. El Chevrolet nuevo. Cada año, un carro nuevo. La sala entera de juguetes para sus hijas.

Y Magda, con su Álbum de la Revolución cubana con imágenes de los eventos de la épica, que ella y sus amiguitas coleccionaban. Álbum que mantenía escondido de su hermana y sus padres. Y mientras el álbum más crecía, Magda comenzó a dejar de ver a la joven que subía las escaleras de su casa con un bebé a horcajadas sobre la cadera y, jadeando aún, tocaba la puerta y extendía la mano derecha. Era el ritual. Y la mamá de Magda le daba solo una lata de leche condensada. Solo una lata. Era también el ritual.

A diferencia del padre, la madre de Magda no procedía de la burguesía. Su cuna estaba en el barrio de Punta Brava, en las afueras de la capital. Allí supo de caracoles tirados, santos subidos; de Oyá, Changó. Un babalawo le aconsejó abandonar el país; si no, sus hijas iban a pasar hambre. Cada día, le rogaba a Elegguá que le abriera camino.



Junto a su esposo, Ira Kurzban, y los hijos, durante la graduación de Sadie en la Universidad Ivy League, de Brown.



Pese a las amenazas de muerte, Magda nunca se ha retractado de lo vivido y expresado a Fidel.

Foto: Internet

Hambre, sus hijas iban a pasar hambre.

Poco después del triunfo de la Revolución, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) fijó al nuevo gobierno en su colimador. En Cuba, empezó a nevar. Sí, nevar. Nevar panfletos que la CIA, en sus avionetas de bajo vuelo, tiraba; papelititos blancos flotando por todas partes, empapando a la gente de camino a su trabajo, en los parques... Papelititos blancos por todas partes. Avionetas, y Radio Swan. Creada en 1960 por la CIA, propalaba una sarta de falacias: que los padres perderían la patria potestad sobre sus hijos; que estos serían enviados a campamentos, donde serían adoctrinados y abusados física y sexualmente... Pura guerra psicológica.

Los padres de Magda, tensos, preocupados. De pronto, notó un gran cambio en ellos. Sus padres, relajados, hasta casi felices. Remodelaron la casa. Amueblaron la casa entera. Todo nuevo. Seis semanas antes de su octavo cumpleaños, Magda se despertó con el sonido de tiroteos. ¿El aire acondicionado del cuarto roto? ¿Nuevo de paquete, y roto? No, la invasión de Playa Girón. Hora tras hora, su padre parado frente al televisor; su madre escuchando la radio, noticia tras noticia.

En cuestión de días, Magda, su hermana y madre, se encontraban montadas en un avión de Pan Am, rumbo a Miami. Su padre, no. Tenía algunas cositas más que terminar para la CIA. Al cabo de algunos meses, viajó, con pasaporte falso, para reencontrarse con la familia en Miami. No importaba que Magda y su hermana extrañaran el barrio. Que, en un dos por tres, se encontraran en ese extraño país y extraña gente, que las miraban como si fueran ellas las extrañas. Pronto regresarán a la patria. “¡Está clarísimo como el agua!”, dice la madre.

LA CARTILLA DE ALPHA 66

A la abogada de Inmigración, le leyeron la cartilla. El ultimátum le llegó, en blanco y negro, el día de su cumpleaños, el 28 de febrero del propio 1994.

Magda había ido a su casa en la isla costera de Key Biscayne, a solo 10 minutos del centro de Miami, cruzando el Puente Grande. El huracán Andrew había puesto el hogar de Magda literalmente de cabeza un año y medio atrás. Mientras ella aguardaba por el constructor, se le ocurrió recoger el correo; el buzón, un flamenco color rosa, descolorido por el sol abrasador de Key Biscayne, aquel animalejo de yeso rumiando su soledad parado solo en una pata.

Animada, Magda tomó el bulto de correo. De un momento a otro, recibiría la invitación

para asistir a la Conferencia en La Habana. Hojeó todo rápidamente, pero nada. De pronto, lee: “ALPHA 66”, la organización terrorista, creada por la CIA en 1962, con el más vasto currículum de acciones, entre los grupos anticubanos de Florida.

De un golpe Magda se bebió la advertencia: todas aquellas personas que visiten Cuba o apoyen al “desgobierno” serán declaradas “objetivo militar”.

—¡Dios en el cielo y Alpha 66 en la tierra!, pensó, y su mirada tropezó con los pies de firmas, encabezados por el secretario general de la organización y uno de sus fundadores, Andrés Nazario Sargén.

Justamente, el 11 de marzo, a pocos días de Magda haber recibido el ultimátum, miembros de Alpha 66 dispararon contra el hotel Guitart-Cayo Coco. Empezaba la embestida para ahuyentar a los turistas. A pesar de ello, Magda hizo las maletas. Y ahora dialoga con Fidel, el primero en la lista negra de Alpha 66.

EL PEDIDO DE FIDEL

Lo de “algunas cositas” que al padre de Magda le restaban por resolver en 1961 para la CIA en la isla viene de su hija, quien desconocía este maridaje con la agencia estadounidense.

Por décadas, esos servicios secretos habían intentado asesinar a Fidel. Y ahora Magda tiene enfrente al líder cubano. No sabe si es más o menos alto que Teseo, el griego vencedor del Minotauro; sí advierte que para besarle en la mejilla y hablarle debe estirar hacia atrás mucho el cuello y mirar muy arriba. Tiene delante, de cuerpo entero a Fidel Castro, a despecho de la reciente amenaza recibida por ella en Miami.

Es domingo al atardecer del 24 de abril de 1994. Las aguas continúan pasando por debajo del puentecillo en el salón de protocolo del Palacio de la Revolución. Alguien le susurra a Fidel en el oído.

—¡¡Magda!!!, exclama el líder, levantando las cejas.

Aquella mujer, de vestido morado obispo y de estatura intrascendente, tuvo las agallas de postularse como candidata demócrata al Congreso de Estados Unidos, en campaña contra Ileana Ros-Lehtinen. A contracorriente, defendió una plataforma liberal y escandalosa en Miami—calificativos salidos de su puño y letra—: Washington debía excluir del bloqueo las medicinas y los alimentos. Acostumbrada a llamar las cosas por su nombre, ella quería volar el bloqueo en pedazos; pero, sus asesores de campaña, entre ellos el esposo, el promi-

nente abogado de Inmigración, Ira Kurzban, le aconsejaron decir “rosado” en lugar de “rojo”. Cuestión de política.

Fidel conocía que, en las elecciones para el ente legislativo en 1993, Magda le había dado pelea a la republicana Ros-Lehtinen—el súmmun del extremismo anticubano—, considerado una victoria.

Propietaria de un bufete de abogados de mujeres, Magda devino puntal en los inicios de los 2000, junto a su esposo, en el retorno a la isla de la niña cabaiguanense Elizabeth Izquierdo, reclamada por su padre espiritano, proceso que tardó más de cuatro años en el país norteno.

La otra historia la vivía en este minuto. Ni siquiera le ha dado la espalda a Fidel, cuando este la tira del antebrazo.

—Quiero que te postules de nuevo para el Congreso americano.

EN LA MIRILLA

Porque todos los caminos que van, regresan, Magda aborda la guagua con destino al hotel Comodoro, sin importarle un comino tanto flash, tanta cámara que la acababan de enfocar. Mas, la tranquilidad apenas le duraría el tiempo en que un relámpago partiría en dos mitades el cielo de la noche habanera del 24 de abril.

Es una certeza que FOX, Telemundo 51, Univisión... se frotaron las manos con el video donde ella conversaba, como si estuviera en el portal de su casa en Key Biscayne, con el primer líder latinoamericano en hacerle frente a Estados Unidos, y que se despidió físicamente de este mundo cuando a él le vino en gana y no debido a uno de los 638 intentos de asesinato tramados por la CIA y sus francotiradores. En este minuto, nadie quería verse en los zapatos, en las zapatillas Nike de Magda. Absolutamente nadie.

—Vuelo número 4881, Habana-Miami, partirá en unos pocos minutos, rechinan los altavoces del aeropuerto José Martí.

Por enésima vez Magda verifica su boleto: 26 de abril, 11:00 a.m. Cuarenta y tres minutos de vuelo. Al aterrizar:

—Favor de ponerse de pie los que asistieron a la Conferencia La Nación y la Emigración, anuncia la aeromoza. Casi de inmediato...

—Magda Montiel, favor de dirigirse al frente del avión.

A la salida, un policía. Lleva a Magda por pasillos del aeropuerto nunca antes pisados por ella. A la derecha, “No entrar”; a la izquierda, más allá: “Solo personal autorizado”. Su esposo Ira coordinó todo con la Seguridad de la instalación. La muchedumbre, concentrada en las salas de espera, se queda con las ganas de colocarle la soga en el cuello y halarla hasta ver el último temblor de vida de la letrada.

Anoche, ante el diluvio de insultos y amenazas, Ira arrancó el teléfono de la pared. Se lo dice en el trayecto a casa. Al bajarse del Chevrolet, ella mira el buzón; el flamenco sigue ahí, como el dinosaurio de Monterroso, para recordarle la cartilla de Alpha 66.

AMENAZAS EN SERIE

La próxima mañana: —Olvida el tango y canta bolero, le advertiría el esposo a Magda, si él hubiese nacido en el barrio espiritano de Jesús María, cuando ella toma sus llaves del carro para ir al bufete.

—Tienes que ser consciente de tu entorno en todo momento, y no puedes hacerlo si estás manejando.

Lo escanea con un vistazo esta mañana del 27 de abril: narizón y medio, calva hasta la nuca y piernas como de signos de interrogación. Pero, ante todo, Ira Kurzban es padre